

THEO

Todas las mañanas creía que la vida empezaba de nuevo. Vivir junto al mar, recorrer su costa, imaginar un mundo donde las aguas acaban al otro lado, mas allá del horizonte.

Era muy pequeño el pueblo y demasiado grande el mar, las olas lo envolvían y lo acompañaban a todas partes. Se llevaba su gente, a sus calles pedregosas sin veredas, a la ropa colgada impregnada de viento húmedo.

Muchas veces, Theo, se había internado en el mar con su lancha lustrosa, imponente y se había sentido Dios, único, sin ataduras entre pez y humano.

Hoy, la lluvia azotaba desde temprano y sin embargo, desde su ventana más alta, el mar parecía llamarlo a gritos obligándolo a escuchar.

En el muelle, ante la mirada despavorida del cuidador soltó amarras y casi sin ayuda del motor, el agua lo arrastró hacia su vientre, allí donde nada puede verse o donde se ve más de lo que la vista puede alcanzar.

Cerró lo ojos, las gotas le chorreaban por la cara como si las lágrimas salieran a borbotones, caían en el abrigo y destrozaban sus manos heladas.

Otra vez era un tritón, podía desafiar al mar y sentir ese placer que aparece en las cosas mas extrañas.

Algo más que viento soplaban enardecido y no reparaba en reclamos.

Sus ojos seguían cerrados, de todas formas no los necesitaba, anhelaba absorber esa pintura viva, dejarla correr en su sangre para no permitirle salir.

Todo eso era suyo. Tuvo ganas de gritar; placer y desesperación se intercambiaban el lugar.

Los relámpagos cortaban el cielo y en un reflejo atroz, la sensación de muerte le toco el cuerpo. Tembló y el mar siguió aullando. El pozo de las ánimas giraba en remolinos discontinuos, voces irreconocibles destrozaban sus oídos.

El viento le lastimaba la cara, no sentía su cuerpo y a pesar de todo, el alma lo desbordaba, lo elevaba a las tinieblas de ese cielo desdibujado.

Tenía que regresar. Se aferró al timón y torciendo las manos hasta el dolor, enderezó la lancha.

Estaba perdiendo magia, pero no giró. La tormenta parecía ceder, sus pensamientos también.

En medio de una niebla que brotaba dentro suyo y cubría las pequeñas casas del pueblo, Theo divisó la costa y lloró.